

Literatura de provincias

A rebufo de la conocida máxima de Miguel Torga: «Lo universal es lo local sin paredes»

Suelo traer a esta invitación quincenal a la lectura escritos de lejanas latitudes, porque, como dijera en uno de sus cuadernos de notas J. Jiménez Lozano, no vamos «a desvelar el ser en los pinares de Covalada». Sin embargo, espero no caer nunca en la infección de cosmopolitismo barato que se ha adueñado de la modernidad, cuando de siempre, máxime en estos tiempos globalizados, a efectos literarios da igual que da lo mismo morar en Manhattan o en Calatorao; y no despreciar jamás a escritores que en el silencio y la soledad de sus pequeños lugares van consolidando una obra injustamente desdeñada por sus vecinos. De modo que el título de hoy es una ironía contra el valor peyorativo que se le otorga de ordinario a esta expresión y un mínimo homenaje a todos aquellos que contra viento y marea escriben desde la negra provincia de Flaubert.

Este es el caso de Ignacio Sanz, que ha reunido dieciséis relatos que no conocía, aunque sólo tres de ellos sean inéditos ('Para ver nevar', 'Perdido' y 'Lobos'), en 'Tierra mansa', libro con el que echa a andar -y desde aquí le deseamos larga vida, como al resto de sellos independientes que arriesgan su tiempo y su dinero y fortalecen la literatura de nuestra Comunidad, tan necesitada de empresas de este género, y de cualquiera- la editorial, segoviana como él, Isla del naufrago. Se trata de un escritor de largo aliento, especializado en literatura juvenil e infantil pero de temple más amplio, pues ha frecuentado también la literatura de viajes, o a secas con otros volúmenes de cuentos o con novelas líricas y hondas como 'La música del bosque' (Del Taller de Mario Muchnik), 'Foto movida de un gato' (Alba) o 'El año del

petróleo' (Mondadori). Amén de animador y gestor cultural de primer orden, etnógrafo y alfarero, facetas todas ellas en las que ha alcanzado logros que exceden a la intención de estas páginas, pero que no debieran caer en saco roto por el mismo motivo que hemos ensalzado el valor de la nueva editorial en que acaba de publicar.

De entrada, cabe advertir -como aviso para urbanitas listos alérgicos al pelo de la dehesa- que los cuentos son pueblerinos, pero de verdad, auténticos, porque I. Sanz no es un narrador bucólico o dominguero. De hecho, muchos se atienen al conocido refrán, que se cita: «pueblo pequeño, infierno grande». Y cuantos menos, peor, incluso si los supervivientes son familia. El autor, como digo, sabe muy bien de lo que habla, de los campesinos de antes y de ahora y de su andar azacaneado. Sabe que la cebada tardía pica como un demonio con la caloracha de julio, que siempre hay alguien que corre los mojonos

y ya está liada..., en fin, cosas de toda la vida que han caído en el olvido con el abandono de nuestras aldeas, que, para más inri, a día de hoy, como dicen los enterados, se denominan medio rural.

Ya el primer cuento, 'Los domingos', recuerda el narrar bravío, con justeza, sin remilgos ni concesiones, abrupto y atinado, de Avelino Hernández. Y el tono se mantiene en todos los demás, donde los personajes, a menudo elevados a la categoría de narradores, con lo que esto supone de esfuerzo de inmersión no sólo en los hechos que se relatan sino, y sobre todo, en el lenguaje apegado al argumento, son tratados siempre con una delicadeza y un cariño ejemplares. Da lo mismo que se trate de un enternecedor acercamiento a un viejo dulzainero que a un solterón resabiado, a un búlgaro parteiro, al pastor que barrunta bien los lobos de todo pelaje, al periodista gris de provincias o a aquel que fue humillado definitivamente durante la mili.

Al margen de este mérito de darle voz a los desfavorecidos merecen señalarse otros rasgos de contenido y estilo poco habituales en la ficción contemporánea. Así la habilidad cervantina para introducir historias dentro de la trama principal o la portentosa precisión de las descripciones, bien sea la matanza o un partido de pelota a mano, y, en general, de aquello que nos ha puesto a tantos en pie y lamentablemente está cayendo en el olvido. Porque Ignacio Sanz narra los últimos estertores de una civilización campesina que va firmando su certificado de defunción en cada pueblo que irremisiblemente se queda primero sin juventud y luego abandonado. Por eso, sus palabras son, además, un testimonio de primera magnitud y de ahí que su estilo se ciña, con maestría, a un re-

gistro coloquial ya en desuso, constituya un tesoro de términos (mostagán, majo, huebra, carear, amuscarse, zaragata, tirria, enfurruscado...), de dichos y giros populares (pa chasco, tirar el pantalón, ¡la órdiga!, ¡la ostren!, a chungu, hecho un bejín...) de una riqueza léxica que no debiera perderse.

El último de los cuentos, embrión de novela por sus hechuras y extensión pese a la concentración temporal en una sola noche de sábado, aborda un asunto que ocupa buena parte de las páginas de sucesos provinciales de cada fin de semana: los accidentes, con frecuencia mortales, de jóvenes que se desplazan de una localidad a otra para proseguir la juerga y acaban con sus vidas en una cuneta, de madrugada. Es la primera vez que lo veo convertido en materia literaria. Y es que, como hemos apuntado, el autor no es ajeno ni en este ni en otros relatos a lo que pasa en la calle, su mirada compasiva se dirige siempre a las fallas de la sociedad, no sólo de tiempos pretéritos sino del vigente estado del bienestar y sus señuelos ecológicos y sostenibles.

Muchas otras editoriales dispersas por la geografía patria cumplen el papel no sólo de descubrir nuevos autores de interés, que de lo contrario permanecerían en el cajón -en el ejemplo que ahora nos ocupa Ricardo Menéndez Salmón, de quien hablamos hace un tiempo, o Pepe Monteserín, reciente ganador del premio de cuentos 'Miguel de Unamuno'- sino también de reeditar libros injustamente olvidados.

Una muestra de este meritorio empeño sería la recuperación editorial, por parte de la gijonesa Trea, que dirige Álvaro Díaz Huici, de 'La noche ancha', de José Ramón González-Regueral, publicada originalmente en 1960 en La

UN
ÁNGULO
ME BASTA
FERMÍN HERRERO





Calle de Ayoo de Vidriales (Zamora) con la iglesia al fondo.

EL NORTE



UNA TIERRA MANSA

Autor: Ignacio Sanz. Editorial: Isla del Náufrago. 200 páginas. 12 euros.



LA NOCHE ANCHA

José Ramón González-Regueral. Introducción de J. R. González. Editorial Trea. 264 pág. 25 euros.



LA VIDA EN EL CAMPO

Giovanni Verga. Editorial, Periférica. 160 pág. 13.50 euros.

Habana. El autor considera su libro, que abarca sus experiencias durante la guerra civil, la mundial y la revolución cubana, un fresco generacional y un «relato lagunar», puesto que son narraciones unidas, «después de veinte años de una labor desordenada, inconexa» mediante intermezzos que enlazan cronológicamente los relatos de índole biográfico.

Y, en efecto, desde el primer cuento, en el que el autor descubre el sexo al empezar la contienda civil y disfruta del ambiente bélico en medio de sucesos dantescos, hasta la crónica periodística de los tres últimos fusilados de la dictadura de Batista, la narración discurre en paralelo a su vida, entre el inútil heroísmo republicano, la humillación, la sociología carcelaria, los tiempos de espía, el campo de refugiados, el exilio tedioso de posguerra y las aventuras finales en Cuba, después de haberse negado a ser próspero negociante en Nueva York.

Sorprende la economía narrativa, el nervio entrecortado de la sintaxis, la verosimilitud de las conversaciones, el expresionismo con aire de tragedia griega o lorquiana, sobre todo en los monólogos, el excepcional realismo, rasgos que recuerdan al Cela inicial; y la introducción de notas espacio-temporales que se acercan a la plasticidad de ciertas acotaciones valleinclanescas. Así como la habilidad en la caracterización de los personajes a través del diálogo, que parece perdida en nuestras letras; y la sorpresa de las repentinas digresiones, no se sabe a veces si serias o irónicas, e incluso humorísticas.

En su introducción, medida y ejemplar, José Ramón González —otra curiosidad más del libro, pese a ser homónimo del autor no tiene ninguna relación de paren-

tesco con él— sitúa este texto singular e inclasificable dentro de la literatura del exilio y recalca, en relación con lo expuesto antes, que la recuperación editorial concede a esta obra, olvidada por completo, la oportunidad de una segunda vida. En lo que respecta al contenido, señala con precisión que «permite reflexionar sobre la historia del s.XX, marcada por la violencia generalizada y el ejercicio arbitrario del poder», lo que sin duda es uno de sus méritos esenciales.

Indica igualmente que 'La noche ancha' es la punta de un iceberg inédito compuesto, en su mayor parte, por una ingente obra periodística, pero, incluso, por un rimerio de poemas desparramado en los papeles que dejó a su muerte el autor. Y califica genéricamente el libro como autobiografía desplazada, toda vez que no se trata de relatos engarzados, sino de un cruce de autobiografía, ficción y pe-

«Ignacio Sanz narra los últimos estertores de una civilización campesina»

«Sorprende la economía narrativa, el nervio entrecortado de la sintaxis de González-Regueral»

«En 'La noche ancha' se funden la vivencia individual y colectiva con el juego imaginativo»

riodismo, donde se funden la vivencia individual y colectiva con el juego imaginativo. Este carácter híbrido, por cierto, lo dota de un carácter muy actual, de una sorprendente modernidad, en estos tiempos de tanto fragmentarismo trufado de peripecia personal disfrazada. Aborda también detalladamente la vida del escritor, cuando menos poco convencional, como se deduce de los propios relatos; y, más allá de éstos, caracteriza, con finura y tino al personaje a partir del sintagma orteguiano 'un hombre de acción', que el filólogo aplicase a Baroja, y prosigue la biografía de González-Regueral hasta su muerte, con datos curiosísimos como su íntima amistad con Cabrera Infante o la dedicación a las matemáticas, en concreto su hallazgo de un sistema de numeración binaria de base irracional. Todo un personaje, vaya.

Como lo fueron otros ilustres provincianos. El inigualable Torga que citamos en el subtítulo. O Julien Gracq, M. Sánchez Ostiz... O el mismo Delibes. Tantos, en fin, que la lista sería larguísima. Como el naturalista del verismo italiano Giovanni Verga de quien en estos días ando también leyendo —al cabo de más de diez años de saborear las adversidades de tres generaciones de pescadores sicilianos: 'Los Malavoglia' (Austral), di de repente hace dos, al unísono, con los cuentos 'La vida en el campo' (Periférica) y la novela pseudobiográfica 'Eros' (Gadir)— los novelles 'Cavalleria rusticana y otros cuentos sicilianos', algunos inéditos en español, que proceden tanto de 'Vida en los campos' como de 'Cuentos rústicos', primorosamente editados por otra meritoria editorial de provincias, la granadina Traspies. Una gozada de sencillez de estilo, otra lección de vida verdadera.